

La fe del mexicano en la novela de la revolución: La mirada de Mariano Azuela en *Los de abajo*, *Los caciques* y *Las moscas*

Rafael Araujo González

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

El lenguaje como mediación

Varios campos del conocimiento coinciden en señalar a las palabras como un instrumento de aprehensión y descripción de la realidad. El lenguaje estructurado a partir de las palabras describe al mundo, lo representa, lo narra y hace posible la comunicación. La hermenéutica y la semiótica son algunos ejemplos de cómo se ha explicado este hecho. Con distintos conceptos, cada disciplina coincide en el proceso seguido para percibir, asimilar y externar ideas, emociones, acciones, a través del lenguaje utilizado por el grupo social.

Las palabras son una mediación, representan la realidad, a veces desde una óptica subjetiva, cargada de interpretaciones. Cuando así sucede, el lenguaje tiene una connotación poética, con el uso mayoritario de metáforas e imágenes; o utiliza la función emotiva según la clasificación propuesta por Roman Jakobson.¹ En los textos artísticos, las palabras adquieren doble significación, en parte por las funciones ya señaladas, pero también por la convención social que les otorga cierto grado de poeticidad.

¹ Reymundo Pablo Tenorio, 2008, *Expresión oral y escrita. Elementos teóricos y analítica del discurso*, UACH, México, p. 63.

En el caso de la novela de la Revolución mexicana, por ejemplo, encontramos descripciones apegadas a la realidad del momento, sin un ápice de emotividad o poeticidad. Veamos el ejemplo de Rubén Romero quien introduce al lector con una descripción del sitio donde ocurren los hechos narrados:

Pintada de un añil corriente se alzaba mi casa cerca de las Cuatro Esquinas. En el fondo del patio poblado de geranios y rosales, la sombra prieta de los *vástagos* sobre la pila siempre rezongona. Angostos corredores llenos de macetas. Cuartos bastante oscuros. Este es el recuerdo que tengo de la casa donde nací, y que me perdone mi madre si no le hago mejores elogios, a pesar de las veces que le he oído decir que era preciosa (Azuela, en Castro, t. II, 1960: 53)

Sin embargo, por la convención social, el lector piensa que el texto es una ficción. Las palabras son códigos. Éstos son acuerdos entre individuos, se asimilan al grupo, a la sociedad y son condicionadas por ella. Así, llamamos convenciones a los acuerdos que se establecen en torno a hechos sociales concretos y las palabras, como parte de los hechos de la sociedad, también se sujetan a esos acuerdos.

Las convenciones se modifican de acuerdo a la época y a la cultura que se estudia. Por ejemplo, en la época de Mariano Azuela, cuando él escribe la novela *Los de abajo*, no se aceptaba el uso de palabras consideradas como barbarismos o latinajos, aunque el personaje lo demandara, como se observa en el siguiente diálogo:

—Se perdería, mi sargento, si viniera borracho como tú...
 —¿En dónde estamos vieja?... ¡Pero con una...! ¿Esta casa está sola?
 —¿Y entonces, esa luz?... ¿Y ese chamaco?... ¡Vieja, queremos cenar, y que sea pronto!

(Azuela, en Castro, t. I, 1960: 53)

Si el sargento está enojado, su lenguaje no se limitaría a dejar inconclusa la frase de su enojo representada en: “¡Pero con una...!”, concluiría y el lector lo hace, mentalmente se agrega: “¡Pero con una chingada!”. Una

convención de época, de principios del siglo XX. Convención superada posteriormente, después de la primera mitad del siglo, como deja sentido Rafael Bernal en *El complot mongol*:

—Mire, si su gobierno le ordenó que obrara en esa forma, no tengo nada que decir, lo comprendo. Pero de otra manera, si es por una razón personal, sentimental... Por la señorita Fong... ¡Eso no es de profesionales! Ninguno de nosotros mata por un motivo así. Sería absurdo. Sería un crimen.

García dijo:

—¡Chingue usted a su madre!

(*Op. cit.*, 212)

Como veremos, las palabras han pasado de imitar a la realidad, a crear realidades posibles.

La *mimesis* como parte de la creación artística

Erich Auerbach considera que libros como la *Biblia* o la *Odisea*, no sólo presentan textos cargados de elementos religiosos o mitológicos y, por tanto, son ficcionales en el sentido de que no presentan sino aspectos de una realidad que no es comprobable, como puede ser el hecho de que seres sobrenaturales (dioses) interactúen con las personas. Este autor considera que para esas culturas, la escritura imitaba plenamente a la realidad, fenómeno denominado como *mimesis* por los griegos antiguos. Es decir, la vida de los griegos en la época de Ulises estaba condicionada por la mitología, como queda plasmado en la *Odisea*, su cosmovisión inducía a actuar de acuerdo a la intervención constante de los dioses; Auerbach también plantea que los pueblos hebreos actuaban de acuerdo a lo que indica la *Biblia*. Es decir, la literatura antigua, cuando trata temas sobrenaturales, está presentando parte de la visión cotidiana de los habitantes de la cultura que genera el texto.

Auerbach coincide con lo señalado por Elezar Melitinsky cuando el segundo dice: *La forma artística es en sí misma la heredera del sincretismo y de un modo concreto y sensual de adquisición del saber.* (Angenot, 2002: 21).

Melitinsky opina que la literatura también une al arte con la ciencia y la religión a través del lenguaje, por eso la llama “heredera del sincretismo”. En ese mismo texto explica que en otra época los cantores/poetas recibían orden divina o de personajes muertos para externar un saber, un hecho o una anécdota. En este sentido forman y recrean la realidad, su realidad. (*Ibid*: 26).

La discusión sobre la ficcionalidad presente en la literatura, especialmente cuando se comparan las obras artísticas contra textos históricos, ha dado lugar a reconocer que en el lenguaje la subjetividad del escritor está presente, se trate de una descripción o de una narración. A la par, también se reconoce en el texto la información que podría llamarse no literal, aquella que ofrece otros significados que denota aspectos variados, propios del texto, del autor y del contexto en que se ha escrito.

En la narración poética o referencial (utilizando los términos de Jakobson), está presente el hecho real, también. Jonathan Culler lo explica mejor cuando escribe:

Pero esta concepción de la literatura como ficción no es del todo exacta, puesto que las obras literarias también ponen en escena realidades históricas y psicológicas —Napoleón, la batalla de Waterloo, las condiciones de los obreros en las minas, el sentimiento de celos de un niño mimado, etc. Podemos decir que la obra se refiere a un mundo posible entre varios mundos posibles más que a un mundo imaginario. (*Ibid*: 48).

Por ejemplo, en el género de la novela histórica, o en el caso mexicano, con la novela de la Revolución mexicana, tenemos ejemplos claros. En *Los de abajo*, de Mariano Azuela, se menciona el asalto a la ciudad de Zacatecas por Pánfilo Nátera (Castro, t. I, 1960: 77). En el libro de Azuela, el personaje principal es ficticio —Demetrio Macías—, sin embargo, los hechos narrados están relacionados con hechos de carácter histórico.

La ficción, y la imaginación a partir de la aparición de la psicología se reconoce como parte de la realidad, propicia una forma de percibir y expresar la realidad, a veces desde lo individual, en otras ocasiones desde lo colectivo.

La literatura sirve como mediación a través del lenguaje para presentarnos esas realidades posibles de las que habla Culler. Pero no se limita a la parte que el autor del texto expone al escribir. También, como dice Mihaly Szegedy-Maszák:

Ningún lector puede olvidar su propia historicidad. La comprensión —que consiste en enterarse y olvidar— sólo puede tener lugar por intermedio del lenguaje, medio de comunicación en el que el pasado y el presente, lo familiar y lo no familiar, se encuentran en estado de diálogo incesante. Los textos literarios no pueden existir más que en sus interpretaciones, que son los resultados de una interrelación entre un lenguaje interpretado y un lenguaje por interpretar. (*Op. cit.*, 212)

Así, realidades posibles en espera de interpretarse, los textos y la literatura en general ofrecen perspectivas posibles de hechos pasados y presentes. La realidad observada desde un contexto social e individual, expresada bajo estas condicionantes, e interpretada también a su amparo.

Antes de comentar el aspecto individual debe quedar claro que en los textos escritos con la clara intención de negar la realidad, el contexto individual y social del autor toman referencia a la realidad con el objetivo de negarla. Es decir, ahí está la realidad presente.

El pensamiento y la visión del individuo a través del lenguaje

Mimesis o arte *per se*, la literatura considerada artística denota información sobre el contexto social e individual. Debe reconocerse que esta división: individuo-colectivo sólo tiene efectos prácticos para su estudio, porque lo individual está inmerso en lo social; y lo social se desprende de lo que cada individuo hace o dice. En los textos, la parte social está definida por la relación entre el autor y el lector, es decir, por el proceso de producción y consumo del producto artístico; éste se da a través del lenguaje plasmado en un soporte. En el caso de la literatura, el soporte más común son los libros y las revistas.

El lenguaje utilizado es un código que necesita ser descifrado por el lector. De ahí que sea un código aceptado por más de una persona, des-

cifrable por lectores que el escritor no conoce. Así, el proceso, aunque social, inicia con una serie de acciones e ideas de carácter individual.

En esta parte también es importante señalar que la obra, como producto, es una fuente de estímulos, lo mismo genera ideas que emociones o sensaciones. Compete a la psicología la explicación de cómo un individuo percibe, analiza e interpreta el estímulo: *Lo que no podemos comprender de forma inmediata y directa puede ser entendido de forma indirecta, alegóricamente.* (Vygostky, 2006: 54).

En los textos históricos, aunque el lenguaje utilizado está elaborado a partir del uso de la función referencial y con una estructura gramatical que ofrece una postura objetivista del autor, está presente la opinión del individuo que escribe el texto. Desde el momento mismo en que se escoge el estilo para escribir hay una postura subjetiva. Este proceso se acrecienta en las obras donde se permiten interpretaciones sobre los hechos, por ejemplo en las novelas históricas. En otros géneros literarios, incluso se llega al extremo de asumir posturas morales como sucede en las fábulas antiguas, o, cuando se imponen ideologías como el *Corán* o *Mi lucha*.

La producción de cualquier texto es individual y es el autor quien define las características que éste asumirá. Así, aunque el lenguaje sea referencial y se omita el uso de las funciones poéticas y emotivas, tendrá siempre un elemento subjetivo. Es el autor quien lo escribe y decide cómo lo escribe.

Para la revisión de las obras de Mariano Azuela, especialmente en *Los de abajo*, vemos que la fábula planteada en el texto se construye desde una óptica específica —y muy subjetiva— la que presentan los revolucionarios del norte del país, específicamente, el lector acompaña a los campesinos que se levantan en armas sin un objetivo claro pero por la confusión que se generó durante el asesinato de Madero se ven obligados a revelarse contra el gobierno de Huerta, según nos dice Demetrio Macías: *Bueno; pues el dicho don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer a los federales para que me agarraran. Que dizque yo era maderista y que me iba a levantar, y agrega líneas adelante: Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después se nos han juntado más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos.* (Castro, 1960: 70).

En determinado momento, el grupo y Demetrio se unen a Pánfilo Nátera, hombre importante de Pancho Villa y participan activamente en el hecho histórico conocido como “la toma de Zacatecas” en junio de 1914.

Me he permitido calificar como subjetivo el punto de vista ofrecido en la novela porque está documentado que el autor Mariano Azuela participó en el levantamiento armado, de manera más precisa, en 1914 se incorpora al ejército de Pancho Villa, según reporta Mussacchio (*Diccionario Enciclopédico de México*: 145). Castro Leal, quien conoce este hecho, afirma:

Casi todos sus personajes han sido tomados del natural. Muchas de sus conversaciones han sido captadas en cuarteles, ferrocarriles, fandangos y caminos. Y cuando una partida de carrancistas sorprendió a las fuerzas de Julián Medina, yo —nos dice Azuela—, al amparo de un covachón abierto en la peña viva, tomaba apuntes para la escena final de la novela (*Los de abajo*). (Castro, t. I, 1960: 48)

Otro factor que incide en la subjetividad de los textos —artísticos o no— es la percepción del autor sobre el tema a tratar en cada caso. Vygostky analiza al producto literario como generador de estímulos que son percibidos. Sin embargo, desde el inicio del proceso de producción del texto, el autor decide abordar un hecho o una idea a partir de un estímulo percibido. Su percepción es individual y se condiciona por elementos sociales.

Los estímulos son otro tipo de mediación que tienen varias dimensiones, una de ellas es utilizada como medio de comunicación. A diferencia del lenguaje, carece de un código claramente definido. Sin embargo, la cultura proporciona elementos que hacen común la percepción e interpretación de los estímulos, en uno o varios grupos. Así, a través de los textos, los estímulos afectan la realidad, tanto del individuo como de su entorno. Piglia, en *Crítica y ficción*, considera que:

La ficción trabaja con la creencia y en este sentido conduce a la ideología, a los modelos convencionales de realidad y por supuesto tam-

bien a las convenciones que hacen verdadero (o ficticio) a un texto. La realidad está tejida de ficciones. La Argentina de estos años es un buen lugar para ver hasta qué punto el discurso del poder adquiere a menudo la forma de una ficción criminal. El discurso militar ha tenido la pretensión de ficcionalizar lo real para borrar la opresión. (Piglia, 1986: 10-11)

Es decir, los textos surgen desde la percepción de la realidad, se producen y vuelven a la realidad, se vinculan con ella y la transforman. Hay un proceso que va de la imitación o negación de la realidad hasta la modificación de ésta a través de los textos. Regresando a las obras artísticas con obvias referencias históricas, el proceso seguido hace énfasis en una realidad pasada y la recrea a partir de elementos objetivos, de datos concretos y verificables. De ahí el texto se construye, su lectura asume una convención social, la de contener información no real, ficticia.

La novela de la revolución como perspectiva posible de la realidad histórica

En México, uno de los elementos culturales más importantes del siglo XX fue la lucha armada conocida con el nombre de Revolución mexicana. Desde el campo social este hecho impacta a otros campos, entre ellos el de la cultura. A grandes rasgos, los integrantes del campo literario se apropian del suceso social y lo plasman en sus textos. En la literatura nacional se crea un género llamado novela de la Revolución mexicana. Los promotores del género determinan el canon literario, siguiendo a Castro Leal, tiene como características: 1) Abordar temas relacionados con el hecho histórico; 2) Contenidos relacionados con aspectos autobiográficos; 3) La estructura de la narración se basa en cuadros y visiones episódicas; 4) Posee elementos épicos y promueven el nacionalismo; 5) El tratamiento de las fábulas narradas es realista. (Castro, 1960: 17-30).

Castro Leal reconoce dos aspectos que relacionan a la ficción de estas novelas con la realidad histórica. Por un lado señala que la temática abordada está relacionada con el hecho histórico. En Azuela puede

verse el ascenso y la debacle de Madero (1911-1913), desde la óptica de las clases sociales dominantes, en una población rural, por ejemplo, un acontecimiento narrado inicia con el anuncio de la caída de Madero, hecho que se comenta entre la gente *decente*, Azuela pone en boca del cacique del pueblo, Igancio del Llano, la siguiente frase: *Felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ahora tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada* (*Los caciques*, en Castro, t. I, 1960: 147-148).

El segundo aspecto es la óptica que escoge el autor para narrar los hechos. Hay en el discurso empleado por Azuela dos artificios: la narración en tercera persona que va guiando al lector por cada escena narrada, este efecto se intercala con diálogos entre los personajes. En la narración, Azuela induce al lector a formarse una opinión de lo que el narrador piensa sobre los hechos, por ejemplo cuando describe la formación de un club de apoyo a Madero plantea el júbilo de la población por el suceso:

El tendero, muy emocionado, ascendió las gradas de la plataforma y dio las sensacionales noticias de la prensa del día: “El llorón de Icamole se ha fugado, cobarde como una mujerzuela, en el *Ipiranga*. Nuestro gran libertador, el señor don Francisco I. Madero, viene ya del Norte, rumbo a la capital de la República. Urge la designación de personas gratas al pueblo para constituir nuestras autoridades. Urge el programa para que el pueblo vaya a la estación del ferrocarril a saludar a su Redentor.” (Castro, t. I, 1960: 134).

El artificio usado por Azuela es la calificación de la actitud del personaje cuando dice: *El tendero, muy emocionado* (...), para inducir la interpretación de un ambiente favorable para la causa de Madero. Luego la disimula a través de dos trucos, el primero consiste en que el párrafo también califica hechos: (...) *sensacionales noticias* (...), y los mezcla con características del lenguaje noticioso, grandilocuente, a través de los adjetivos: *El llorón de Icamole* (...) *cobarde como una mujerzuela* (...). Así, el lector no percibe la intención de Azuela, crear una atmósfera favorable para Madero dentro de este episodio, por parte del pueblo.

La perspectiva del autor se esconde a través de la voz del narrador. Sin embargo, puede detectarse a través de la suma de posturas empleadas en la obra. Esta óptica, en el caso de la mayoría de los escritores de la novela de la Revolución mexicana, como dice Castro Leal, tiene características autobiográficas, se ha citado el caso de Azuela, sucede de manera similar con Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente* publicada en 1928. Guzmán, al igual que Azuela, vive de cerca el movimiento armado; su padre fue coronel del ejército mexicano fiel a Porfirio Díaz; luego, Guzmán se adhiere al Partido Constitucionalista Progresista (1911). En 1913 se une a las fuerzas de Obregón, de Carranza y, en su momento, de Francisco Villa. Por eso, no es extraño encontrar pasajes como el siguiente: *Los oficiales del estado mayor de Obregón, que habían tomado para su uso la residencia de la rica familia Cañedo, nos invitaron a vivir en su compañía, lo que fue un motivo más para que nuestra vida pasara gratamente.* (Castro, t. II, 1960: 267).

Con estos argumentos se desprende la idea razonable sobre la óptica autobiográfica que se encuentra en este tipo de textos. En la mayoría de los casos así es, sin embargo, debo puntualizar que dentro del canon, en la novela de la Revolución mexicana, con el transcurso del tiempo se fue perdiendo la inmediatez de los hechos narrados, la cercanía entre el escritor y la fábula narrada. Así, en obras posteriores, la parte autobiográfica deja su lugar para presentar la postura del autor en torno a hechos pasados.

La fe y la iglesia en la novela de la Revolución mexicana, el caso de Azuela

El sistema educativo mexicano deja entrever el nacimiento del Estado laico en México como herencia de la administración encabezada por Juárez. Puntualiza informando que los gobiernos posteriores a Porfirio Díaz reforzaron la separación del Estado respecto a la religión y la Iglesia, es una verdad a medias, como sustenta Jean Meyer cuando afirma que en 1778 es abolida la inmunidad en los sacerdotes (Meyer, t. II, 1994: 12). Es más, el autor considera que a partir de 1917 (...) *la iglesia se encontraba en la misma situación jurídica que antes de la Independencia, con la diferencia de que el Estado era agresivamente anticlesiástico.* (Meyer, t. I, 1994: 7). Es decir, la idea

de que Juárez y la Revolución mexicana como heredera de su filosofía laicista, rompen el binomio Iglesia-Estado² no es del todo precisa.

La Revolución mexicana suele esquematizarse para su estudio. El conjunto de hechos históricos muestran un mosaico de ideologías que confluyeron en la búsqueda de la democracia en México; posteriormente la búsqueda de una identidad propia. En este sentido, en una primera instancia la iglesia católica se suma a Madero, y él la acepta, cuando éste se postula para presidente por segunda vez —podrá argumentarse que es una postura acomodaticia del clero, sin embargo, en este análisis no es relevante cuál sea la postura política, ni ideológica que asumió la Iglesia en esa época.

En Chiapas existen documentos de carácter periodísticos que dan fe del acontecimiento histórico; en 1911 nace el periódico *La Voz de Chiapas*,³ además de darle publicidad a la creación del Partido Católico Nacional festeja a Madero, sin olvidar mostrar claramente las diferencias ideológicas entre los católicos y los liberales. Es Madero el objeto de su apoyo, no el conjunto de personas que se agruparon en torno a él. Posteriormente, cuando Huerta toma el poder, el periódico oficial del Partido Católico Nacional es clausurado y su director, aprehendido. Curiosamente el impreso era dirigido por la misma persona que dirigió en Chiapas al *Semanario Católico Independiente*, Enrique M. Zepeda. Estos dos hechos, ofrecen una visión distinta sobre las relaciones de la Iglesia y el poder político de la época.

Es decir, en la Revolución, las relaciones entre los personajes que la protagonizaron y la iglesia católica tuvieron momentos de aceptación y de rechazo mutuo. Meyer distingue dos grupos sociales: agentes ac-

² Ante esta situación debe hacerse una aclaración: en el estudio sobre la religiosidad hay tres dimensiones relacionadas con la fe, por lo menos: 1) La Iglesia, entendida como la institución eclesiástica, sus representantes y normas internas que regulan su funcionamiento y el de los feligreses. 2) Los feligreses, quienes no forman parte del sistema eclesiástico pero a quienes va dirigido el culto religioso a través de creencias que llamamos fe; 3) La fe. Hago esta aclaración a manera de paréntesis porque al analizar los textos de Azuela, éste no pretende analizar el hecho religioso, más bien, a través del lenguaje que le atribuye a los personajes y en las fábulas narradas, se encuentra una interpretación artística, desde la literatura, sobre cómo se vivía la religión en el momento histórico de ese periodo.

³ Esta publicación periodística se autodefinía como: *Semanario Católico Independiente*, con el lema de “Oración, acción y sacrificio”, fue dirigido por Enrique M. Zepeda y editado en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

tivos de la lucha, quienes mantienen posturas específicas en torno a la Iglesia y a la fe; los dirigentes revolucionarios, a veces convertidos en gobierno.⁴

Como mediadora de la realidad social e individual en la literatura aparecen indicios que confirman los postulados de Meyer. A través de la realidad posible que los autores crean, puede observarse cómo veían los revolucionarios a la iglesia católica, cuál su fe y el por qué de sus acciones con relación a los representantes eclesiásticos. En el caso de Azuela, se presenta una clara diferencia en la conducta y forma de pensar en los individuos. El autor de *Los de abajo*, es muy claro en distinguir mentalidades y acciones a partir de su condición social, lo hace a través del lenguaje que les asigna a los personajes. No es la postura de Azuela, es Azuela quien describe a las clases sociales y su relación con la fe y la religión.

No es el único autor que deja testimonios sobre este tema. Vasconcelos también asienta en sus escritos diversas anécdotas sobre sucesos históricos en los que participaron creyentes y ateos;⁵ o Martín Luis Guzmán, quien presenta una obra más cercana a la ficción, va más lejos, él afirma:

Porque era un hecho que muy pocos se habrían atrevido entonces a confesar sus creencias religiosas. El ambiente y el momento otorgaban prima a los descreídos. Más todavía: el deber oficial casi mandaba, o daba por hecho, negar a Dios. Don Venustiano, que con una mirada soñaba en parecerse a Don Porfirio, soñaba más aún con parecerse a Juárez. (*El águila y la serpiente*, en Castro, t. II, 1960: 262-263).

Los escritores de la novela de la Revolución mexicana presentan este aspecto histórico, fenómeno social que ha permeado en la educación y en el sistema educativo: la relación entre la Iglesia y el gobierno, en este caso, entre los actores de la revolución y los representantes de la fe católica.

⁴ Jean Meyer escribe: "...sería preciso estudiar el anticlericalismo mexicano, su índole (las masas no son anticlericales: el 80 % de los dirigentes de la Reforma y muchos constitucionalistas de 1914 eran exseminaristas; a Santos degollado le llamaban "El sacristán", Zuno, el gobernador de Jalisco en 1924, era un exseminarista...), la manera en que se engrana en las estructuras del poder peculiares de México." (*La cristiada, 2. El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929*, p. 47).

⁵ En su obra autobiográfica *Ulises criollo* hay secciones relacionadas directamente con estos hechos, como sucede en el relato "La coronación de la virgen" o, en "Los jacobinos".

Los de abajo, el pueblo y la fe

Para ésta y las siguientes secciones, el análisis parte del lenguaje que Azuela otorga a sus personajes. Debo recordar un hecho, las obras de Azuela no se enfocan a describir las relaciones entre la Iglesia y la gente, sus obras se centran en las relaciones humanas surgidas en diversos momentos de la Revolución mexicana. El aspecto religioso es secundario, le interesa más reflexionar, desde la literatura, sobre la lucha entre clases privilegiadas y el pueblo, en descubrir la ética de quienes luchaban en ambos bandos y del pueblo mismo. La postura de Azuela siempre es favorable para los desposeídos, aunque describa y narre hechos que lastimen a estos grupos.

Considerada como la obra que inicia el ciclo de la literatura revolucionaria, *Los de abajo* no es la obra más influyente en este género, porque se difunde a través de la prensa escrita de la época, y su publicación nacional es relativamente tardía. Sin embargo, es una novela dedicada a plantear el caos histórico del momento. No hay juicios tajantes, ni siquiera contra Huerta. Es un conjunto de relatos enfocados a retratar a los personajes tal y como son, con defectos y virtudes. Así nos descubre a un líder revolucionario que no es un héroe prototipo, Demetrio Macías, no defiende ideales, está con quien le indican que debe estar, así lo dice él mismo cuando analiza la ruptura de Villa y Carranza con Pánfilo Nátera:

—¿Qué dice de eso, compañero?— interrogó Nátera.

Demetrio se alzó de hombros.

—Se trata, a lo que parece, de seguir peleando. Bueno, a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

—Bien, ¡y de parte de quién se va a poner?

Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

—Míre: a mí no me haga preguntas, que no soy escuelanete... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que nomás me dice: “Demetrio, haces esto y esto y esto..., ¡y se acabó el cuento!”.

(*Los de abajo*, en Castro, t. I, 1960: 104)

No hay ideal que sustente la acción del héroe. No es visible a simple vista. No motiva las acciones, ni las justifica. Así sucede en toda la obra de Azuela.

Al centrarse en retratos al natural, como lo señala Castro Leal, existen aspectos importantes que describen a los personajes, por ejemplo, sus relaciones con la fe y la Iglesia. Demetrio Macías, el personaje principal habla: *Pancracio, apéate dos botellas de cerveza, una para mí y otra para el curro... Por la señal de la Santa Cruz... ¿Ya no hacen daño, verdad?* (*Los de abajo*, en Castro, t. I, 1960: 69) En un momento distinto, Anastasio, compadre de Demetrio, compañero de armas expresa: *No —repuso aquél—; que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios y el cielo y María Santísima* (*Ibid*: 56).

En otro relato, de la misma novela, Azuela caracteriza a los personajes secundarios dándoles un lenguaje específico, éste les da credibilidad, se asemejan a la realidad. Azuela lo plasma así, en la anécdota donde relata la llegada de Demetrio a la Sierra: *Y los serranos, después de estrecharles fuertemente las manos encallecidas, exclamaban: —¡Dios los bendiga! ¡Dios los ayude y los lleve por el buen camino!*. (*Ibid*: 58).

Otros personajes reafirman el hecho histórico, México es un país religioso que, por la influencia de los conquistadores españoles, adoptó la religión católica como propia. Todavía la vemos en otro tipo de hechos culturales: las ciudades fundadas en la época colonial tienen como eje rector los centros religiosos, las iglesias. Azuela lo recuerda cuando describe paisajes urbanos: *Dominando el caserío, se alzaba la ancha cúpula de la iglesia.* (*Ibid*: 75). En el mismo sentido, escribe: (...) *de una estaca, clavada en un poste del jacal, entre el Divino Rostro y la virgen de Jalja, descogó un barzón.* (*Ibid*: 73), es decir, la gente que no estaba peleando en bando alguno, la gente del campo mexicano, al lado de sus instrumentos de trabajo, en sus propias casas, tenían imágenes religiosas. En muchos hogares católicos de la actualidad se reproduce esta situación, en las habitaciones principales hay muestras de la fe que se profesa. Herencia de la conquista, fusión de culturas, también en labores propias de curanderos está presente la religión. Azuela la presenta así: *—¡En el nombre de Jesús, María y José! —dijo señá Remigia echando una bendición. Luego, con rapidez, aplicó calientes y chorreando los dos pedazos del palomo sobre el abdomen de De-*

metrio.” (*Ibid*: 65) ¿Puede pensarse como una ficción? No, sobre todo si se observa que en las costumbres populares actuales se cree que con la ayuda de Dios y con algunas medicinas y tratamientos no occidentales se puede curar a las personas enfermas. Éstos son algunos ejemplos de un aspecto cultural que le otorga características a los personajes, el de su fe. En esta línea de ideas se hace necesario puntualizar que la creencia religiosa en los personajes no es la misma en la conducta que ellos asumen con los representantes oficiales de esas creencias.

Azuela tampoco caracteriza a todos los personajes como creyentes. Entre los seguidores de Demetrio hay quienes son incrédulos declarados. No son la mayoría, acaso uno que otro en el conjunto. No puedo precisar si es una actitud previa a la participación en la lucha armada o es el efecto de la convivencia entre personas que arriesgan la vida en cada combate.

La actitud del grupo armado es representativa de la relación entre la Iglesia y el pueblo. Las personas distinguen con sus actos la fe y a los religiosos, no son partícipes de la Iglesia como institución propia, sino como el espacio donde los religiosos son, también, personajes ajenos a su condición social. Por eso, el grupo de Demetrio, aunque creyente, no duda en saquear los templos: —*La verdá es que yo ya me pagué hasta de más mis sueldos atrasados —dijo la Codorniz mostrando los relojes y anillos de oro que había extraído de la casa cural.* (*Ibid*: 96) También utilizaron los edificios religiosos como cuarteles: *Las escuelas quedaron convertidas en cuarteles. Demetrio se alojó en la sacristía de una capilla abandonada.* (*Ibid*: 99)

Es a través del lenguaje y de las acciones que poseen los personajes como puede observarse la relación entre el pueblo y la religión. Azuela, en esta obra, da algunas pistas sobre la vida cotidiana de la época. Por sus relaciones con la religión y la fe, distingue a tres grandes grupos de personas: uno, la gente del pueblo y revolucionarios creyentes; dos, los incrédulos; y tres, los representantes de la Iglesia o curas.

En el conjunto de revolucionarios creyentes se puede observar una sola actitud: la fe católica mostrada a través de su lenguaje cotidiano pero con desapego a las instituciones y representantes religiosos, el mejor ejemplo es Demetrio Macías. En su habla Dios está presente, conoce rituales de la religión católica como el santiguarse; y no duda en insta-

larse en una sacristía abandonada. Los revolucionarios no creyentes, no son descritos con mayor detalle. Tan sólo en muy contadas ocasiones demuestran su ateísmo.

En la población civil, en cambio, se observa que existe una mayor variedad de actitudes: 1) Quienes son creyentes fervorosos como el caso de un personaje de características extraordinarias por su fanatismo. En un relato se incluye la narración de un hecho apocalíptico, un hombre, en la calle anuncia: *Todos los buenos católicos que recen con devoción esta oración a Cristo Crucificado se verán libres de tempestades, de pestes, de guerras, de hambres...* (*Ibid*: 104); 2) El sincretismo presente en la gente del campo, es el caso de Remigia. Ella cura a Demetrio con la sangre y las vísceras de una paloma, pero se protege con rezos católicos (*Ibid*: 65). Tres, aquéllos que no demuestran fervor religioso alguno.

El grupo de personajes que representan a la institución religiosa, son apenas señalados. Las anécdotas dan cuenta de un hecho específico, el pueblo alzado en armas y los grupos revolucionarios relacionados con Carranza también los combatieron, sobre todo para hacerse de recursos materiales para continuar la lucha.

Los de abajo, muestra a una clase social en sus relaciones con la fe y la religión. La perspectiva es aquella que tienen los revolucionarios del norte, los que acompañan a Demetrio Macías y se unen a Pánfilo Nátera. Es un relato que se apega al perfil de los revolucionarios del norte del país que se unieron a Francisco Villa, quien, como Emiliano Zapata,⁶ se reconocía creyente. A diferencia de Zapata, sin embargo, Villa no respetaba la institución.

Los caciques, entre el poder y la gloria

Si en la novela *Los de abajo*, Azuela alude de manera indirecta el asunto de las relaciones entre los revolucionarios y la fe —y su iglesia—, en *Los caciques* esas relaciones son importantes para comprender la estructura

⁶ En una carta que Zapata le envía al Coronel Fausto Beltrán se aprecia la fe del caudillo, se lee en la postdata: *Aprovecho la oportunidad para decirle que ya que usted se apena por la paz, de una manera pacífica me entregue la plaza de Cuautla Morelos en bien de los vecinos de la ciudad que serán las víctimas que sufran las consecuencias, que yo no necesito me hagan favores, pues nunca he pedido clemencia más que a Dios, ni la necesito más que de él.*

narrativa. El eje sobre el cual construye la historia sigue siendo las relaciones humanas, la denuncia de las injusticias, la carencia de valores en la sociedad. Sin embargo, la presencia de la fe, de la institución eclesiástica, cobra mayor importancia que en la obra anteriormente revisada.

Los caciques se publica en 1917, seguramente Azuela la escribe entre los años 1915-1916. La fábula que da pie a la historia está ubicada en el periodo de 1911-1914, es decir, al igual que en *Los de abajo*, las referencias históricas insertadas en la novela corresponden a los primeros momentos de la Revolución mexicana. La acción ésta ubicada en un pueblo donde existe el cacicazgo de la familia del Llano y son éstos los personajes principales.

Estos datos permiten deducir que Azuela decide ofrecer una segunda mirada sobre la revolución desde la perspectiva del pueblo no levantado en armas. Retrata a las clases sociales, los hermanos del Llano poderosos terratenientes y dueños de casi todo; sus empleados más cercanos quienes coinciden ideológicamente con sus patrones; otros comerciantes menos importantes pero que son sometidos por la familia caciquil; empresarios y banqueros que se confabulan contra el gobierno revolucionario de Madero; el pueblo; los representantes del gobierno local y políticos; y, por supuesto, los religiosos.

Hay una línea ideológica común entre esta novela y *Los de abajo*, ésta muestra el desencanto por la lucha armada y por la ausencia de valores entre la gente, ya sea la clase trabajadora. En este sentido, las personas religiosas no escapan de la crítica social implícita en la obra de Azuela como se verá.

Los personajes muestran su fe a través de la acción relatada, sin importar su condición social. Incluso, la narración inicia en una iglesia: 'Don Igancio' —murmuró alguien a las puertas de la iglesia. (*Los caciques*, en Castro, t. I, 1960: 117), luego, se da cuenta de una serie de acontecimientos en el marco de la procesión fúnebre, ya que es el entierro del padre de los hermanos del Llano. En la iglesia y en el cortejo se reúne los habitantes del pueblo, como producto de su catolicismo.

Aunque aparecen mencionadas las relaciones entre el pueblo y la fe, esta novela presenta las que mantienen los hermanos del Llano con la Iglesia. Hay varios aspectos, el primero a destacar es el tejido de intereses:

Don Bernabé, el hermano mayor, se volvió un momento; una frente cetrina y dos ojos como brasas entreabrieron un chal negro; una dama elegante saludó con gesto desolado; todo el mundo se daba cuenta de la presencia de don Ignacio del Llano, el más *representativo* de la Sucesión. Sólo el padre Jeremías, hermano menor, a la izquierda del oficiante, sacando apenas su esmirriada cabeza de armadillo entre tesoras ornamentales, permanecía estático, la mirada en lo alto del ábside, fija en el resplandor sobredorado de la Santísima Trinidad. (*Ibid*: 117).

Es decir, la familia, a través de uno de sus integrantes, también influye en la institución eclesiástica, las relaciones con este sector son estrechas. La familia es creyente y respeta las normas religiosas. Al morir el padre le dan cristiana sepultura. Allí inicia el relato, sin embargo, su posición les permite una interpretación especial de la fe, al grado de compararla con sus actividades económicas, así lo perciben otros personajes:

—¿Pues qué? Que cuando ha hecho el acaparamiento de la semilla, espera un poquito no más y, a su tiempo, la lanza al mercado, fijándole el precio que le dé su gana.

Don Juan abrió muy grandes los ojos.

—¡Pero si esto es el catecismo, don Juanito!

(*Ibid*: 119).

En los capítulos VIII y IX, Azuela ofrece una descripción del hermano quien es sacerdote, Jeremías del Llano, él está aliado con el líder de la familia. En un asunto truculento, don Ignacio, planea una forma de tergiversar el testamento de su difunto padre, consistente en ofrecer una parte de la herencia a quienes menos tienen. Con estas escenas Azuela induce al lector a pensar en la complicidad entre el cacique y el cura. En el siguiente diálogo se plantea como voluntad divina la pobreza y que la gente pobre debe resignarse, sentencia sostenida por la familia del Llano:

—¿Y qué? —Exclamó Teresa sorprendida—. De que los pobres no tienen maíz ni frijol comen nopales y... ¡itan contentos!

—Es la verdad —dijo el padre Jeremías—; pero es el pretexto para hacer alharaca. Yo no sé quién ha despertado tantas ambiciones en la plebe, que nadie quiere conformarse ya con la suerte que Dios les ha dado.

—¿Quién ha de ser? —exclamó tronante don Bernabé, relampagueando sus ojos, temblorosos los bigotes y encerados. —¿Quién ha de ser si no el bandido ese de Madero, que promete a los pobres hacerlos ricos?... ¡Naturalmente con el dinero de los ricos!

(*Ibid*: 132).

Las relaciones establecidas entre la familia y la Iglesia están presentes en esta parte de la novela. Sin embargo, Azuela deja establecido que son aliados ideológicos, no sólo por ser la familia caciquil, sino porque los personajes representan a clases sociales específicas. Lo hace desde la literatura cuando Mariano Azuela relata una reunión entre diversos personajes en la iglesia. Los personajes allí reunidos son: el gerente del Banco Nacional, el dueño de la hacienda, el propietario de la fábrica de hilados y tejidos, entre una veintena más. El objetivo de la reunión, organizarse para conformar el Partido Católico Nacional. (*Ibidem*).

Este enfoque, el de los intereses como parte rectora de las relaciones entre esta clase social y los eclesiásticos, también está presente en los demás personajes. Es la postura crítica de Azuela, no hay valores en las acciones de los personajes, sean de la clase social a la que pertenezcan. En un relato deja plasmado cómo se compara la Revolución con el cristianismo: *don Timoteo asocia ideas: Cristo, redentor del mundo; Hidalgo, redentor de la raza; Juárez, redentor de conciencias; Madero, redentor de los pobres, de los humildes*. (*Ibid*: 121) Así, la fe está presente como un elemento cultural propio, parte de la identidad que se refleja en el lenguaje y en el pensamiento de los personajes.

En *Los de abajo*, también los religiosos son presentados como personas de una clase social específica, y no son idealizados positivamente, sino que se caracterizan con todos los vicios que se les han atribuido a personas con conductas prohibidas por la Iglesia: lascivos, por ejem-

plo. Esta mediación se da en el personaje del padre Jeremías del Llano, Azuela deja constancia de ello cuando relata:

El padre Jeremías dejó su asiento para venir junto a su amigo el de “La Carolina”. Se sentó a su lado y le recitó al oído con gran calor: “¡Sustentadme con frascos de vino, corroboradme con manzanas, que estoy enfermo de amor!”

Y el dueño de “La Carolina” le aseguró que tenía unas amiguitas muy “faines” y que bien podrían ir a visitarles en seguida.

(*Ibid*:139).

La novela *Los caciques* puede verse como una obra que sigue la línea de *Los de abajo* desde varias perspectivas literarias y temáticas. Continúa ofreciendo escenas de la realidad vivida en la época de la revolución. A diferencia de la anterior, los personajes principales pertenecen a las clases sociales no involucradas en la lucha armada, aunque sí toman postura ideológica. Desde la perspectiva de la fe, sigue la serie de planteamientos de su obra anterior, a través de los sectores sociales, éstas muestran cómo se relacionaron con la Iglesia y cuáles sus fervores religiosos. Una constante más: los personajes religiosos son presentados como una clase diferente y también tienen características morales específicas, son los aliados de los poderosos.

Azuela observa un aspecto más y lo plasma en una tercera novela es un sector social que se le identifica como clase media y que, en la época de la revolución, está representada por un segmento de empleados gubernamentales, burócratas que trabajan al servicio del gobierno.

Las moscas, también la burocracia es creyente

—¡Dios mío, mis hijos! —Clama Marta, tendiendo miradas de angustia por los cuatro vientos. (*Ibid*: 164). Ésta es la frase de un personaje que Mariano Azuela ubica en un vagón del tren, antes de iniciar su recorrido. Marta, al igual que un grupo de personas intenta hacerse de un lugar en el tren lleno de tropas federales que evacúan una plaza. Es otro momento de la revolución, las acciones narradas corresponden al avance de las fuerzas constitucionalistas, encabezadas por Carranza, hacia la capital del

país. Los personajes de la historia no son militares pero se sienten cobijados por las fuerzas federales.

Este grupo social, escasamente presente en la literatura de principios del siglo XX, en *Las moscas* tienen el rol principal. Es una parte de la burocracia, aquella que trabaja en el gobierno cerca de los mandos superiores. Marta nos informa con precisión: —*Nacimos en palacio por decirlo así, señor doctor* —contesta Marta—; *mi esposo fue el conserje desde el señor Maximiliano hasta don Panchito Madero. Dejó el empleo gracias a que se murió* (*Ibid*: 166); Matilde, hija de Marta reafirma: —*De quinto año vine a la Biblioteca Pública; Rosita aún no se bajaba la falda y ya era taquígrafa de la Secretaría de Gobierno y Rubén es de la Normal de profesores* (*Ibidem*). Ellas establecen contacto con otros personajes como el médico del carro sanitario militar, o el señor Ríos, compañero de andanzas. Azuela acentúa la clase social de referencia al incluir en este grupo de personajes a Rodolfo Bocanegra: (...) *abogado de la facultad de Chamacuero, ahora director de la Beneficencia Pública del mismo Estado, ¡el señor secretario de Gobierno en tiempos de nuestro general Huerta!* (*Ibid*: 177).

La fe de estos personajes está presente en su manera de expresarse. Marta menciona a Dios en los momentos difíciles y en los de alegría. Matilde la imita, así los escribe Azuela: *Mientras el doctor abre una lata, Matilde quiebra un blanquillo al borde de una cacerola humeante, lamentándose de una fanfarria que tuvo en sus oídos toda la santa noche de Dios.* (*Los caciques*, en Castro, t. I, 1960: 173). Ante una pregunta indiscreta, Rosita responde: —*¡Jesús! ¡Qué ocurrencia de hombre! ¿Novio mío el general Malacara?* (*Ibid*: 178). El señor Ríos:

De súbito despierta el Señor Ríos con los ojos azorados y las manos en el pecho para contenerse el corazón. “¡El asalto!, ¡el asalto! ¡Dios Poderoso!” Despavorido mira en torno suyo. En sus oídos están vibrando los acentos del clarín. (*Ibid*: 170).

Aunque el relato presenta la mezcla de militares y civiles, induciendo a pensar en la posible combinación de clases sociales, es evidente que Azuela caracteriza a los personajes como burócratas y empleados de gobierno. La familia, que hace las veces de los personajes centrales, de-

muestra sus aspiraciones por ascender en el estrato social y se sienten parte importante en la vida de personajes como Madero o Huerta.

Al revisar el texto para buscar la posible religiosidad de los personajes, además de encontrar que en sus expresiones se utilizan oraciones religiosas, hay un comentario en defensa de las instituciones eclesíásticas, le corresponde a Matilde decir:

¿Sabe usted, señor doctor, cómo correspondieron los carrancistas a la manifestación de simpatía con que los gremios más significativos de nuestra sociedad los recibieron a raíz de su triunfo con los federales? ¡Ay! Yo los aborrezco con toda mi alma para que lo que pudiera decir de ellos fuera un poco desapasionado; ni le digo a usted que visite los panteones, porque los muertos no hablan; pero vea usted las casas de nuestra sociedad más distinguida convertidas en cuarteles, nuestros mejores colegios en mesones, el arzobispado en caballeriza y los templos en zahúrdas. —¡La misma santa iglesia catedral, señor doctor —afirma Marta—, ha servido de sala de maternidad (*Ibid*: 165-166).

Como puede observarse, en esta obra, la clase social media, burócrata, relacionada con el gobierno, es creyente, católica como casi toda la población mexicana. Sin embargo, la fe que profesan va acompañada del respeto a la institución que la oficia, la iglesia católica. A diferencia de los personajes que Azuela presenta en *Los de abajo*, en *Las moscas*, se perciben como partícipes del sistema religioso encabezado por los clérigos y sus edificios más representativos.

Entre la fe y la Iglesia hay brochazos de actitudes durante la revolución

El metalenguaje implícito en los títulos de estas tres novelas indica una conciencia clara de las diferentes clases sociales involucradas en la Revolución mexicana. Mariano Azuela provoca en el lector una idea general sobre las características de los personajes principales en sus novelas. Están presentes los campesinos, pequeños propietarios que se levantan

en armas por razones personales, son arrastrados por el contexto social y se involucran con una de las facciones que son parte de la lucha a favor de un cambio en México. *Los de abajo*, además de presentar cuadros realistas sobre acontecimientos de la lucha armada, ofrece caracterizaciones de individuos poco conocidos y a veces anónimos que lucharon al lado de los caudillos nacionales.

En *Los caciques* están presentes otros actores de ese periodo histórico: la población civil y la clase social dominante que controla al pueblo y a sus autoridades. Por último, en *Las moscas*, los acontecimientos narrados son protagonizados por militares en desbandadas y civiles al servicio del gobierno, es decir, burócratas.

De esta manera, Azuela ofrece una revisión de las clases sociales y su conducta ante los hechos de la revolución. No es la de todo el país, el autor se limita a presentar segmentos sociales tipológicos, constreñido a una facción revolucionaria, cercana al maderismo primero, luego al villismo, por tanto, ajena al carrancismo.

Meyer, reconoce en Carranza al impulsor del anticlericalismo en la Revolución mexicana. También afirma que no es la revolución la que rompe relaciones con la iglesia católica en México, sino determinado grupo de líderes que triunfan en la toma del poder político nacional.

Años antes, en el mismo momento histórico en que se dan los hechos revolucionarios, Azuela los deja plasmados en sus novelas. Ficciones que, como dice Culler, presentan realidades posibles a través del lenguaje en su función poética. En la realidad descrita por Azuela, la mayoría de sus personajes son católicos, hasta los líderes revolucionarios representados por Demetrio Macías en *Los de abajo*. Las clases económicamente dominantes también son creyentes católicos. Lo mismo sucede con los burócratas clase medieros, suspirantes de mejor status social. La diferencia entre los primeros y los demás estriba en su relación con las figuras y símbolos religiosos, especialmente durante el conflicto armado: los campesinos son creyentes, con sesgos de sincretismo religioso, pero no hacen suyos ni los bienes materiales de la Iglesia, ni a sus representantes, por tanto, en la lucha, son capaces de destruir los edificios representativos, de saquear y robar los bienes religiosos y, matar a los sacerdotes. Al menos así está escrito en *Los de abajo*. No sucede

así con las demás clases sociales creyentes, mientras los burócratas se asombran de los atentados contra la Iglesia, sin tomar acción o medida en contra, los llamados caciques, se confabulan a favor del clero y se relacionan íntimamente con los representantes del culto.

Azuela, presenta las relaciones entre feligreses, instituciones religiosas y representantes eclesiásticos durante el conflicto armado, considerando grupos sociales específicos y escribiendo una primera crítica sobre los acontecimientos históricos. La literatura, a través de Azuela, presenta un análisis social del hecho histórico. A través del lenguaje están presentes elementos culturales de la época, tal como sucede con la fe y la religión.

Bibliografía

- Angenot, Marc, *et al.*, 2002, *Teoría literaria*, Siglo XXI Editores, México.
- Auebercah, Erich, 1996, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bernal, Rafael, 2007, *El complot mongol*, Joaquín Mortiz, México.
- Castro Leal, Antonio, 1969, *La novela de la revolución mexicana*, Aguilar, 2 tomos, México.
- Meyer, Jean, 1994, *La cristiada*, Siglo XXI Editores, 3 tomos, México.
- Musacchio, Humberto, 1990, *Diccionario Enciclopédico de México*, Andrés León y Programa Educativo Visual, 4 tomos, México.
- Piglia, Ricardo, 1986, *Crítica y ficción*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Tenorio, Raymundo Pablo, 2008, *Expresión oral y escrita. Elementos teóricos y analítica del discurso*, Universidad Autónoma de Chapingo, México.
- Vasconcelos, José, 1983, *Ulises Criollo*, Fondo de Cultura Económica, colección Lecturas Mexicanas, núm. 11 y 12, México.
- Vygostky, L., 2006, *Psicología del arte*, Editorial Paidós, Barcelona.

Archivos

AHE / Hemeroteca Fernando Castañón, *La voz de Chiapas*, tomo 57, Archivo digital.